

El mapa europeo luego de 1918

Anibal José Maffeo¹

El fin de la guerra

Cuando en 1918 los cañones dejaron de escupir su fuego, millones de jóvenes habían regado con su sangre los suelos de Europa.

La Gran Guerra había sido una innovación en todo sentido. Por un lado, los avances en la tecnología militar habían sido tanto asombrosos (la aparición del tanque de guerra, la utilización de los aviones como medio de combate, etc.) como terribles (el uso de gases tóxicos en el combate). Esos avances tecnológicos se volcaron luego al campo civil.

Por otro lado, había sido, realmente, una guerra mundial². Los frentes se habían extendido por todo el orbe. Europa, el cercano oriente, la península arábiga, Africa, incluso hasta las islas Malvinas³. Los Estados Unidos salieron de su aislacionismo, y entraron en la guerra en 1917, inclinando definitivamente la balanza a favor de las potencias aliadas.

Las economías se pusieron en marcha, algunas progresaron, otras quebraron.

Pero, fundamentalmente, la Gran Guerra trajo aparejado un gigantesco cambio político.

Finalizada la contienda, el mapa europeo cambió para siempre.

Desmembramientos y nuevos estados

Una de las dos principales Potencias Centrales, el Imperio Austro-Húngaro, desapareció para siempre.

Sobre su base territorial, surgieron un “racimo de Naciones Estado”⁴: Austria, Hungría, Yugoslavia (que incluyó a Croacia, Serbia y Montenegro), Checoslovaquia. También Rumania vio acrecentado su territorio, tomando parte del antiguo imperio. Polonia también tomó parte del territorio.

Fueron los tratados de Saint-Germain (10 de septiembre de 1919) y de Trianon (4 de junio de 1920), los que sellaron la suerte de la vieja monarquía de los Habsburgo.

El Imperio Ruso, desaparecido luego de la Revolución de 1917, con la caída de la dinastía Romanov, sufrió importantes pérdidas territoriales: Polonia, Lituania, Letonia y Estonia entraron en la escena. Por el tratado de paz firmado con Alemania el 3 de marzo de 1918, Rusia renunciaba a todo reclamo de soberanía sobre Polonia y los países bálticos.

¹ Abogado, Coordinador del Departamento de Historia de las Relaciones Internacionales del IRI.

² En ese entonces se la conoció como la “guerra para acabar con todas las guerras”. El tiempo demostraría que se habían equivocado.

³ El 8 de diciembre de 1914, se libró, en las aguas frente a las Islas Malvinas, una batalla entre la escuadra alemana al mando del almirante Graf von Spee y la británica al mando del almirante Sturdee, triunfando esta última. La escuadra alemana fue totalmente aniquilada, con tremendas bajas, entre las que se contó con la de su propio comandante.

⁴ Kennedy, Paul, “Auge y caída de las grandes potencias”, pág. 437, Editorial Debolsillo, 2006, Barcelona, España.

Los búlgaros también perdieron territorio. Por el Tratado de Neuilly del 27 de noviembre de 1919, Grecia, Rumania y Yugoslavia vieron acrecentados sus territorios, en detrimento de Bulgaria, aliada de las Potencias Centrales durante la Gran Guerra. Rumania recuperó el territorio de Dobrudja, que había sido tomado por Bulgaria luego de la firma del Tratado de Bucarest del 7 de mayo de 1918⁵.

Por su parte, Alemania también sufrió pérdidas. El Tratado de Versalles fue lapidario. Dividida de Prusia Oriental por un “pasillo” para que la resurgida Polonia tuviera una salida al mar, debió también devolver la región de Alsacia-Lorena a Francia y el territorio de Eupen-Malmédy a Bélgica, además de rectificar sus fronteras con Dinamarca.

No obstante no haber sufrido grandes pérdidas territoriales, el orgullo alemán tuvo otros golpes, además de la derrota militar: la zona de Renania fue ocupada por Francia, como una suerte de colchón militarizado, y ese mismo país obtuvo el derecho de explotar económicamente la zona del Sarre, la más productiva zona minera de Alemania, por un plazo de quince años. Por su parte, los alemanes fueron obligados a pagar las indemnizaciones de guerra, y a disminuir sus fuerzas armadas. Sin contar que su imperio colonial de ultramar desapareció por completo, tomado por las potencias aliadas, quienes las administrarían como mandatarios.

La suerte de la dinastía Hohenzollern estaba decidida, y pronto se proclamaría la República Alemana.

Hacia el este, el Imperio Otomano también fue disuelto, luego de la firma del Tratado de Sèvres el 11 de agosto de 1920.

El germen de una nueva guerra

El nuevo mapa europeo había quedado planteado como un esquema complicado.

Austria había quedado reducido a un estado minúsculo, con la prohibición de anexarse a Alemania.

Hungría había casi desaparecido. A su lado, Yugoslavia, un estado artificial, formado por distintos grupos étnicos y religiosos⁶, intentaba ser un polo de poder que presionara las espaldas de Austria.

Bulgaria había quedado como una isla, sin libertad de acción alguna.

Rusia, sumergida en sus luchas intestinas, había sido privada de su salida al mar. Ello había sido asegurado con el surgimiento de las pequeñas naciones bálticas. El cierre de la vía al Atlántico estaba consumado. El aislamiento al que se sumía a Rusia, garantizaba además, evitar el contagio hacia el oeste de un nuevo sistema de gobierno que amenazaba las tradicionales democracias occidentales.

⁵ Abandonada la guerra por Rusia, Rumania, aislada y sin el apoyo militar y económico ruso, se vio obligada a suscribir la paz con las Potencias Centrales.

⁶ Las trágicas guerras civiles de la década de 1990 terminaron con aquella artificialidad creada luego de la Gran Guerra.

Polonia surgía como un estado colchón. Alemania y Rusia ya no compartían fronteras. Cualquier movimiento agresivo entre esos países tendría que, indefectiblemente, atravesar el territorio polaco. Por su parte, Polonia debía ahora defenderse en dos frentes⁷.

Alemania estaba totalmente aislada. Sólo compartía una minúscula frontera con su tradicional aliado, Austria. Polonia y Checoslovaquia, eran posiciones tapón claves al este, aunque vulnerables. En el oeste, la envalentonada Francia contenía cualquier movimiento. La ocupación de Renania y el desarme alemán lo garantizaban. Unos años después, en 1921, la ocupación del Ruhr, agregaría otra gota más al vaso de la discordia⁸.

En realidad, el mapa europeo fue una muestra más sobre la no existencia de una verdadera voluntad de sentar las bases para una paz duradera.

Con los sistemas productivos destruidos por la guerra y la escasez de alimentos, la imposición de reparaciones de guerra desmedidas y la distribución artificial del territorio europeo, significaron un elemento importante al descontento imperante en las poblaciones de los países vencidos (y, en muchos casos, desmembrados).

Quizás el principal error fue sostener una política no adecuada a los tiempos que corrían.

Francia no era la potencia que otrora había sido. El Reino Unido había dejado de ser aquel maravilloso "imperio donde nunca se pone el sol". La guerra había devastado las economías nacionales, y el equilibrio de poder en el mundo había cambiado.

Se estaba ante el ocaso de las potencias europeas, pero éstas siguieron actuando como los imperios dominantes que una vez supieron ser.

El reparto de territorios coloniales, la distribución de regiones europeas y la creación de estados artificiales, respondía a una lógica de corte imperial, que quizás hubiera funcionado en otra época, como limitante a la expansión de potencias enemigas.

Pero el mundo había cambiado.

Los europeos victoriosos se habían olvidado de aquel aliado que, en definitiva, había decidido la suerte en el campo de batalla: los Estados Unidos de Norteamérica. Miraron sólo hacia el este, manteniendo aún la concepción de ser las máximas potencias mundiales.

Pero del otro lado del Atlántico, surgía una nueva nación, que eclipsaría a las europeas, y que, además, no había ratificado ni el Pacto de Versalles ni el Pacto de la Sociedad de Naciones, signo inequívoco de la tendencia adoptada.

El nuevo mapa del Viejo Continente llevaría muy pronto al recrudescimiento de los resentimientos, y al surgimiento de nacionalismos muy fuertes que pronto, eclipsarían todos los esfuerzos de paz.

Palabras finales

Surgió en Europa luego de la Gran Guerra una geografía impuesta.

⁷ Años después, el Pacto Molotov-Ribbentrop daría cuenta del temor polaco.

⁸ La ocupación franco-belga del Ruhr en 1921 fue motivada por los retrasos en el pago de las reparaciones de guerra por parte de Alemania.

Desaparecieron imperios y nuevas naciones surgieron, pero no se tuvieron en cuenta otros factores al momento de crearlas.

Comenzaba entonces un período de la historia en donde una sucesión de hechos llevó a la más cruenta guerra de la humanidad.

Sería absurdo sostener que la nueva distribución europea fue el único detonante de la Segunda Guerra Mundial, más no podemos obviar que, la creación o supresión artificial de entidades territoriales, fue uno de los factores que, dada su importancia, contribuyeron a que se formara el germen de un nuevo conflicto.

La visión de los estadistas de entonces, no alcanzó para comprender el tamaño significado de las decisiones que adoptaron.